

¡HABLA!

El pasado viernes ocurrió algo insólito en una discoteca de Madrid. A eso de las cuatro de la madrugada, en mitad del “Mambo Number Five”, la música fue aniquilada por una bandada de voces que parecían salir de detrás del espacio. Las personas se miraban unas a otras como si nunca hubieran estado frente a un ser humano, atónitas, espantadas, fascinadas. Muchos huyeron despavoridos, otros se abrazaron, de dos en dos, de tres en tres, de cuatro en cuatro, otros se echaron las manos a la cara para sujetar el dolor que les masacraba, y algunos se enzarzaron en feroces peleas. Una mujer de la edad de mi madre, disfrazada de vigilante de la playa, me suplicó que me tapara los oídos, jurándome que ella no estaba pensando la obscenidad que aquella discoteca infernal era capaz de retransmitir en directo. Tenía el rostro transido y su labio inferior temblaba embarrado de carmín y de tabaco. Y arreció aún más aquel vendaval de pensamientos íntimos, abominables, desnudos, desgarrados, intolerables, que, por algún misterio de la física, estaban siendo reproducidos por los altavoces. El fenómeno duró poco más de media hora, pero aún retumban en mi interior aquellos estallidos de almas: eran palabras lujuriosas, enamoradas, heridas, desesperadas. Y sobretodo –sobretodo- atronaban alaridos de SOLEDAD, de mucha gente que suplicaba amor, y esos alaridos se adentraron por mi sistema sanguíneo y lo convirtieron en una roja y congelada tela de araña.

Cuando volvió el “Mambo Number Five”, la masa de cuerpos estaba organizada en dibujos que yo nunca había visto en una discoteca. Vi llorar a mucha gente, pero la mayoría se tocaba y se besaba mucho, sonriendo, relajados y felices, como nunca he visto sonreír a tantas personas a la vez. Y me vino el recuerdo de Michelangelo Buonarroti, el mítico escultor renacentista que, desesperado ante la pasividad mineral del Moisés, golpeó su carne de mármol blanco clamándole: ¡HABLA!